

pagaran su precio para distribuirlo entre los ciudadanos pobres, y que mediante aquella renta perpétua no podrian ser ya inquietados los propietarios. Esta proposición especiosa fué grata al pueblo, quien la adoptó, y reconoció de este modo la enajenabilidad de las tierras del dominio público. Pero las cosas duraron bajo este pié muy poco tiempo. Otro tribuno mandó que el rédito anual cesara, alegando que los nobles suministraban una retribución suficiente en el ejercicio de los cargos, cuya dignidad tenían que sostener necesariamente, y el pueblo volvió á caer en su antigua miseria. A pesar de todo, la enemistad sembrada entre los patronos y los clientes por los Gracos, sobrevivió á éstos. Dueños desde entonces los caballeros de los tribunales, á la par que arrendatarios de los impuestos, podian mantener al Senado bajo su dependencia y oponerse á toda reforma. Vanamente tronaba la elocuencia de M. Antonio, de L. Craso y de otros más contra los dilapidadores de las provincias; otros se esforzaban inútilmente por someterlas á mejor administración. No obstante, alimentaban los aliados del pueblo romano el pensamiento de ser también admitidos á tomar parte en la dominación, y su sordo estremecimiento presagiaba una erupción pronta á estallar tan luego como se mostrara un caudillo que reuniera la destreza á la audacia.

CAPITULO XXIX.

Guerras exteriores.—Mario.—Los Cimbros.

Las disensiones intestinas no habían suspendido las guerras exteriores de Roma. Habiendo concebido varias ciudades la idea de conquistar por la fuerza los derechos que les eran negados, el Senado había sentado el pié sobre las primeras chispas, y por haberse declarado en abierta rebelión fué arrasada Fregelas hasta en sus cimientos. Fulvio Flacco, aquel impetuoso amigo de Graco, había conducido á las legiones romanas allende de los Alpes, para socorrer á los masiliotas contra los salios: posteriormente dirigió Sextio Calvino con mas fortuna sus operaciones y fundó en aquellas cercanías una ciudad á que dió el nombre de *Aqua Sextia* (Aix en Provenza) (124) que hizo conocer á los habitantes de Massilia cuán imprudentes

habían sido en llamar á semejantes vecinos. Para consolidar aquella posesión estableció I. Licinio Craso una colonia romana en Narbona (123); abrióse allí un puerto para recibir la escuadra (118), y para ruina de Marsella se dirigió á aquel punto el comercio de Italia, Africa y España.

Bajo el pretexto habitual de defender á los eduos contra los alóbrogos y los arvernos, Roma hizo atravesar los Alpes á sus tropas. Tenían los arvernos por rey á Betulto, cuyo padre poseía tantas riquezas, que recorría á veces la campiña arrojando monedas desde su carro: una vez mandó servir dentro de un recinto de dos mil metros, bebidas y manjares exquisitos para todo el que quisiera presentarse allí en el discurso de muchos días. Doliéndose un poeta de haber llegado demasiado tarde á otro banquete, el príncipe de los arvernos le tiró á sus pies una bolsa llena de oro, y el bardo continuó cantando que bajo las plantas del rey nacian todos los bienes. Sin gran trabajo fué vencido Betulto por el cónsul Domicio, que habiéndole invitado á una conferencia, se apoderó de su persona y le envió encadenado á Roma, donde sirvió de ornamento á su triunfo (121). Q. Fabio, que mereció en aquella guerra el sobrenombre de Alábrogo, redujo la Galia meridional á provincia consular, es decir, que allí debía enviarse anualmente un cónsul con un ejército, lo cual demuestra que se consideraba como poco sincera la sumisión de los vencidos.

En las dos grandes islas situadas cerca de España habitaban los baleares, población salvaje, que viviendo dentro de grutas, apacentaban sus rebaños. Especialmente eran hábiles en el uso de la honda; acostumbrábanles desde su niñez las madres á este ejercicio, no dándoles de comer hasta que habían dado con una piedra en el punto de donde colgaba el pan que debía servirles de alimento. Entregábanse también á la piratería y se aventuraban á veces á abordar á tierra firme para hacer provisiones de aceite y vino. Queriendo Roma poner coto á sus escursiones al mismo tiempo de castigarles por haber socorrido á los cartagineses, dirigió contra ellos una escuadra desproporcionada para vencer á una población de treinta mil almas. Sucumbieron los baleares y

fué exterminado hasta el último de ellos; fundaronse en aquellas islas las ciudades de Palma y de Palentia (123): Quinto Metelo estableció allí colonos y alcanzó los honores del triunfo.

Deseoso de vencer á su vez Metelo Cecilio invadió sin motivo la Dalmacia y la subyugó sin dificultades. Estos Metelos eran hijos de Quinto el Macedónico, citado por los historiadores á causa de su extraordinaria ventura, nacido de una ilustre familia, en una ciudad también ilustre, con una robustez corporal á prueba de las más rudas fatigas, dotado de nobles cualidades; tuvo una mujer prudente y fecunda. De cuatro hijos vió á tres de ellos cónsules, uno sobrenombrado el Baleárico, otro el Dalmático por sus triunfos; casó muy pronto á sus hijas, y conoció á sus nietos. También él había merecido el sobrenombre de Macedónico, y obtenido dignidades, honores, mandos, favores, cuanto puede apetecer un hombre. No experimentó más sinsabores que el insulto, que según hemos dicho recibió del tribuno C. Atinio, y la enemistad del segundo Africano, pero el ultraje del primero se convirtió para él en triunfo, y cuando Escipión hubo muerto dijo á sus hijos:—*Id y honrad sus funerales porque nunca visteis el atahud de ciudadano más insignie.* Murió príncipe del Senado á una edad muy avanzada, y fué llevado á la pira por sus cuatro hijos, que ya se habían hecho ilustres.

Lejos de amortiguarse la memoria de los Gracos, suministraba á menudo pretexto para turbar la tranquilidad pública y privada. Opmio fué llamado á dar cuenta de los ciudadanos á quienes había inmolado, pero fué absuelto. Licinio Craso, cuñado de Graco y yerno de C. Mucio Escévola, augur, reputado como oráculo en la ciencia de las leyes, y como un prodigio de probidad y sabiduría, se presentó como acusador de Papirio Carbon, quien después de haber sido íntimo amigo de los Gracos, figuraba como defensor de su asesino.

Es una particularidad de las costumbres romanas el hábito de tener un enemigo declarado. Los jóvenes que entraban en la carrera pública por la tribuna de las arengas, empezaban frecuentemente acusando á un personaje de nombradía, á quien hacia condenar á fuerza de elocuencia á la multa ó al destierro.

Ciceron cuenta entre el número de los medios de adquirir gloria estas acusaciones juveniles. Aconseja no obstante adoptar el partido de la defensa, porque le parece, que es propio de un hombre duro poner así en peligro de muerte á otro, «sobre todo si es inocente. En cuanto á defender á un culpado, continua el moralista, no hay porque sentir convencimiento, atendido á que el patrono se adhiere á lo verosímil, aun cuando aparece lo ménos verdadero.» Así por pura conveniencia desviaba á los jóvenes de la calumnia, el peor de todos los desafueros; de este modo el arte de la palabra venia á ser un simple ejercicio de destreza, en que no se propendia más que al triunfo de la causa abrazada y al abatimiento de un rival; pero también se grangeaba un eterno enemigo, y se tenía en contra á todos sus allegados.

Licinio Craso, que debía hacerse célebre entre los oradores romanos, queriendo empezar también su carrera por una acusación ruidosa en que pudiese acreditar su habilidad en el arte del discurso y en el conocimiento de las leyes, atacó á P. Carbon, que unia al crédito y á la autoridad una elocuencia sin rival. Al principio se turbó Craso hasta el punto de no poder continuar su arenga; pero habiendo recuperado aliento estrechó vivamente á su adversario, echándole en cara sus excesos cuando seguía el partido de los facciosos, y las vilezas con que se había manchado al afiliarse entre las personas honradas; el desertor evitó una condena envenenándose. Justo es decir que el joven orador no se apartó de la senda de la honra para ganar su causa, pues habiéndole llevado un esclavo iracundo una cajita que contenía los papeles de Carbon, Craso la devolvió á su dueño sin abrirla, enviándole también el infiel esclavo.

Pero otro hombre iba á dejar á todos aquellos en zaga y á vengar en los nobles la sangre de los gracos. Había nacido C. Mario de padres oscuros en Arpino, y no habiendo conocido hasta muy tarde la corrupción y la cortejanía de Roma, conservó siempre algo de áspero y de silvestre. En el sitio de Numancia, donde esgrimió las armas por la vez primera, mostró tanto denuedo, que habiéndosele preguntado á Escipión Emiliano quien podría sucederle algún día, respondió señalando á Ma-

rio:—*Ese, sin duda.*—Esta frase despertó la ambición del arpinato, quien obligado á abrirse por sí mismo el camino, como un hombre sin antepasados y sin clientela, se revistió de paciencia y sufrió muchos desaires hasta que obtuvo la cuestura y despues el tribunado. Entonces propuso un nuevo método de emitir los votos con objeto de reprimir los manejos. Habiendo querido combatirlo el consul Cotta, Mario entró en el Senado, donde le intimó con amenazas que desistiera de su oposicion, y mandó poner preso á Metelo, príncipe de los senadores, favorable al consul.

Tanta osadía advirtió á los padres conscritos y á la plebe, que hallarian en él un hombre inaccesible al miedo, decidido á sostener sin contemplacion alguna la causa de la muchedumbre. Nombrado pretor, limpió la España de las bandas que la infestaban; de vuelta en Roma, tomó parte en los públicos negocios. Aun cuando no poseyera riquezas, ni fuera elocuente, ajeno á las intrigas políticas, dotado de un carácter firme, obstinadamente infatigable en el trabajo, y llevando un género de vida popular hasta lo sumo, no tardó en adquirir ascendiente.

Hallábase entonces dividida la dominacion entre los patricios y los caballeros; tocaban á los senadores el poder y la magistratura; á los caballeros el dinero, las tierras, los juicios. De acuerdo todos para asegurar la impunidad á sus excesos, su connivencia mútua aceleraba la ruina del pueblo. Mario, hombre nuevo, poco acostumbrado al tumulto del foro, carecía de habilidad para sostenerse enfrente de los dos partidos; ora estuviesen en lucha, ora obrasen de concierto, aparecía tan pusilánime en el manejo de los negocios civiles como era intrépido en la guerra. Reconoció, pues, en breve que la guerra le era necesaria para dominar, y la que acababa de encenderse era de una naturaleza más formidable que las precedentes.

Cuando los romanos peleaban contra Cartago, las vastas comarcas que desde su territorio se extendían hasta el río Muluca, eran ocupadas por dos grandes tribus; obedecía la primera á Massinisa y la otra á Sifax, rey Pastor. Habiendo producido la caída de éste su fidelidad hácia Cartago, se dieron sus estados á Massinisa, de manera que las dos tribus no forma-

ron más que un pueblo, desde las orillas del Muluca hasta las fronteras del Cirene. A pesar de todos los esfuerzos de Massinisa para hacerle adoptar una clase de vida más civilizada, permaneció siempre este pueblo siendo pastor y vagabundo. Los romanos, que por primera vez encontraban una nacion de este carácter, la designaron con el nombre de nómadas, que se cambió despues en el de numidas, perpetuándose este último sin haber sido jamás propio para ninguna de aquellas tribus, hasta la época en que los árabes aniquilaron la civilizacion africana.

Tuvo por sucesor Massinisa á su hijo Micipsa siempre fiel á las romanos, ó más bien su vasallo, quien dejó al morir dos hijos, Hiempsal y Adherbal; pero con el objeto de que su sobrino Yugurta, hombre de carácter emprendedor, no se prevaliese de su juventud para despojarles, le dió tambien una parte en la herencia. Murió despues de haberle recordado los beneficios de que le habia colmado, recomendándole sus dos hijos.

¿Pero de qué sirven el parentesco y el reconocimiento para un ambicioso? Intrépido Yugurta en el campo de batalla, astuto en el consejo, de carácter orgulloso, siempre el primero en herir al leon en la caza, ó al enemigo en el combate, habia conseguido el amor del pueblo, que siempre lisongea la apariencia de fuerza. Se habia tambien mostrado favorable á los romanos (118), habiéndole convencido sus relaciones con ellos que todo se podia alcanzar por dinero. Dispuesto á reinar sólo, compra muchos amigos en Roma y hace asesinar á Hiempsal; rodea entonces de lazos á Adherbal, y luego le declara abiertamente la guerra, de manera que despues de haber perdido sus estados este príncipe se ve precisado para escapar á refugiarse en Roma.

¡Triste asilo para quien no llevaba más que su derecho! Presentóse al Senado, y recordándole su antigua alianza, los servicios de Massinisa, la iniquidad y crímenes de Yugurta, invocó su proteccion con el título de aliado. Pero Yugurta habia enviado en pos á sus embajadores, no tanto encargados de disculparle como de prodigar oro, á fin de asegurarle la benevolencia de los amigos que se habia granjeado en Numancia y para proporcionarle otros nuevos.

Salió airosa la intriga, y si algunas almas honradas tomaron la defensa de Adherbal, la mayor parte le negaron la herencia reclamada. Designáronse comisionados para que fuera á dividir el reino entre los dos competidores con cargo de intimar á Yugurta que no inquietase á su primo.

Aunque la mayor parte recayó en Yugurta, gracias á Opimio, asesino de Graco, que no habia sabido resistir al incentivo del oro, no pudiendo sufrir el orgulloso numida que se dividiese el reino, no cesó de provocar á su rival; en fin le llamó al combate y sitió á su capital Cirta. Estaban establecidos muchos mercaderes italianos en esta ciudad, depósito del Africa; se armaron y reunidos á algunas tropas del país rechazaron á los sitiadores.

Expidió Adherbal con premura comisionados al Senado romado exponiéndole lo que pasaba; contentáronse los padres conscritos primero con hacer marchar otros comisionados, los que encontraron valederas las excusas de Yugurta. Pero habiéndose despues estrechado el cerco con más vigor, el peligro que corrían gran número de italianos, hizo prevalecer el dictámen de las gentes honradas, y se decretó enviar un ejército; sin embargo fué precedido de una diputacion, á cuyo frente se encontraba Escauro, príncipe del Senado, hombre de severidad catoniana, autor de una ley suntuaria contra el excesivo lujo de los banquetes y que hasta entonces habia gozado de gran reputacion de integridad. Llegados los comisionados á Africa, citaron á Yugurta para que compareciese ante ellos en Utica; pero antes de obedecer hizo un último esfuerzo contra Cirta, que opuso resistencia (112). Preséntase entonces, escucha las recriminaciones y amenazas de Escauro, se defiende frívolamente, acusando por ejemplo á Adherbal de haber atentado á sus dias, y gracias al poder del oro, encuentra Escauro excelentes sus excusas y se vuelve á Roma.

Entonces desplegó Yugurta más energía contra Cirta, y abrió Adherbal las puertas de la ciudad á condicion de conservárseles las vidas, é instigado por los italianos, que le aconsejaban guardar su existencia á cualquier precio, pues Roma no podría dejar de devolverle sus estados. Todo lo prometió Yugurta; pero tan pronto como se hizo dueño de Adherbal, le

mandó degollar con todos los mercaderes italianos. Temblaron de indignacion al saber esta noticia todas las gentes honradas de Roma, y sin embargo, los amigos de Yugurta, ó sus vendidos protectores, hubieran sofocado de buena voluntad este asunto, si el tribuno Cayo Memmio no hubiese revelado al pueblo tal barbarie. Demostró con tanta evidencia la vergonzosa venalidad de los patricios, que la plebe quiso juzgar la causa. Intimidado el Senado, decretó la guerra, confiando la direccion al cónsul Calpurnio Bestia. Este consideraba el oficio de las armas como un tráfico, y llevaba consigo á Emilio Escauro, bien decidido á venderse como él. Despues de algunas vigorosas demostraciones, aceptaron una conferencia con Yugurta, le concedieron la paz con excelentes condiciones, y el Senado, ya fuese por consideracion á Escauro ó por complicidad, dió su consentimiento.

Sólo quedaba el temible clamor popular; levanta la voz con energía el tribuno Memmio contra la vergonzosa corrupcion de los patricios, y hace que se dé orden á Yugurta de ir á justificarse á Roma. Conociendo ya el numida las armas de que se ha de valer, no titubea en presentarse. Intímale Memmio, delante de sus jueces, á que nombrase á los que ha comprado por dinero; pero el otro tribuno, C. Bebio, á quien ha comprado, le manda callar. Aún más, pidiendo en alta voz Massiva, deudo de Adherbal, venganza por la muerte de este príncipe, le hace asesinar el rey numida en medio de la ciudad; se marcha despues, y dirigiendo sobre Roma una última mirada, exclama: *¡Ciudad venal, no te falta más que un comprador!*

Empréndense de nuevo las hostilidades; pero la guerra camina con lentitud bajo la direccion del cónsul Albino y bajo la de su hermano Aulo; es desterrado el primero por corrupcion, como tambien Calpurnio Bestia, Lucio Opimio y otros varios. No se liberta Aulo de Yugurta, sino pasando con el ejército bajo su yugo.

Pedia venganza semejante ultraje. Confió el Senado el ejército á Q. Cecilio, que inaccesible á la compasion y al oro, hizo á Yugurta una guerra de exterminio; empleando en contra suya las mismas armas, y corrompiendo á los que le rodeaban, le repelió hasta los límites del gran

desierto. Allí implora la paz el numida. Se le intima que apronte 20.000 libras de plata, todos sus elefantes, una cantidad determinada de caballos y de armas, y entregar todos los desertores, que en número de tres mil fueron degollados, quemados vivos ó mutilados. Pero cuando sabe que debe dirigirse en persona cerca del procónsul, exclama Yugurta: *Un cetro pesa ménos que las cadenas*, y empieza nuevamente la guerra; disciplina á los getulios, y sostiene contra los romanos á Bocco, rey de Mauritania y su yerno.

Metelo tuvo motivo para felicitarse de contar por segundo á Mario; pero otra cosa fué en Roma, donde en vez de atribuir al general sus proezas, se exforzó por suplantarle, acusándole de dar largas á una guerra que se podía acabar de un solo golpe. Favorecieron á Mario los caballeros, cuyo comercio era interrumpido por aquellas hostilidades, lo cual les irritaba sobremanera, apoyándole además el pueblo bajo, al cual alistó antes que nadie en la milicia, á consecuencia de la disminucion del número de propietarios, y á quien halagaba por sus salidas contra la antigua nobleza deshonrada por sus actos, mientras se elevaban por su propio mérito hombres nuevos.

Mario obtiene, pues, el consulado que ha pedido (109), y se pone á la cabeza del ejército de Numidia. Se apodera de Capsa, cuyos moradores [pasa á cuchillo, áun cuando les había prometido la vida, y precedido por el terror sigue el curso de sus victorias. Infunden desaliento en el alma de Bocco, rey de Mauritania, quien se decide á abandonar á Yugurta, y solicita la amistad de los romanos; se la prometen á condicion de darles testimonio de su arrepentimiento con sus servicios. Consistió el servicio en hacer traicion, luchando consigo mismo, á su huésped y á su suegro, entregándole á Sila (107), quien le envió á Roma.

Corrieron anhelantes los ciudadanos á ver á aquel enemigo, durante cuya vida no esperaban tener paz nunca, tan fecundo era en expedientes, y de tal modo juntaba la astucia al denuedo. Mario le arrastró detrás de su carro (105). Sus gritos y contorsiones al verse encadenado y sirviendo de espectáculo á una insolente turba, hicieron creer á los romanos que se había vuelto loco. Enseguida fué despojado en

la cárcel, y los lictores le arrancaron las puntas de las orejas por quitarle con más prontitud los aretes de oro que llevaba. Arrojado desde allí desnudo en un húmedo calabozo, no pronunció mas que estas palabras: *Muy frias son entre vosotros las estufas*. Allí luchó seis dias contra el hambre. Dividióse la Numidia entre el infame Bocco y los dos nietos de Masinisa, Hiempsal y Yarbas, no reservándose Roma mas que la parte que redondeaba los confines de su provincia de Africa. Habia llevado Mario de este punto 3.600 libras de oro en barras, 5.775 de plata y 23.700 dracmas en plata acuñada. Este triunfo le atrajo nuevos envidiosos, y los nobles vieron con despecho que aquel hombre les trataba ásperamente, alistaba al pueblo bajo sus banderas, y preferia el brillo de las acciones á un nacimiento ilustre. Volvieron á levantar cabeza los partidarios de la causa popular, y fueron á la sazón bastante poderosos para que la eleccion de los pontífices se trasfiriere al pueblo á propuesta de los tribunos; establecióse además, que un senador degradado por un plebiscito no pudiera ser ya repuesto; que todo aliado latino, que habiendo acusado á un senador, probara su culpabilidad, adquiria la plenitud de los derechos de ciudadanía; por último, se restableció la ley agraria. En breve llegó á acrecer la importancia del vencedor de Yugurta un nuevo peligro, la invasion de los pueblos septentrionales.

La más fuerte de las hordas cimbras establecidas allende el Rhin como dijimos anteriormente, se habia fijado en la ribera del Océano septentrional, en la península cimbrica y á poca distancia de los teutones del Báltico. Arrollados los cimbras por una irrupcion temible del mar, descendieron en número de trescientos mil guerreros hasta el Danubio, y cruzaron su corriente. Cayeron sobre la Norica, y asediaron á Norella, cabeza de la Italia por el lado de los Alpes tridentinos. Enviado contra ellos el cónsul Papirio Carbon, fué vencido (113), y los bárbaros devastaron toda la comarca desde el Danubio hasta el Adriático, y desde los Alpes hasta las montañas de la Tracia y de la Macedonia; cargados despues de botin, se engolfaron en los valles de los Alpes helvéticos al cabo de tres años.

A la vista de aquellos ricos despojos las seis

tribus de los galos establecidas en la comarca, sintieron despertarse su codicia y se precipitaron con ellos sobre la Galia central (109—107), despues de haberla talado sobre la nueva provincia romana. Alcanzaron los bárbaros una insigne victoria cerca del lago Lemán, contra el cónsul Casio que fué muerto, y las legiones sólo se libertaron de una destruccion completa. sometiendo á condiciones vergozosas. Adelantóse á su vez el cónsul Q. Servilio Cepion para conjurar el peligro, y volvió á tomar á Tolosa, entrándola á saco. Allí encontró inmensas riquezas que los tectosagos habian acumulado de sus antiguas rapiñas, especialmente de la de Delfos. Envió aquellos tesoros á Roma, pero apostó en el camino una banda de gente suya, que fingiendo ser bandidos las robaron por su propia cuenta. Tal era la lealtad de ciertos generales.

Avanzando en esto nuestras hordas de galos, Cepion y Manlio, que habian llegado en su ayuda, fueron batidos de tal modo que sólo con gran trabajo pudieron salvarse los dos generales y diez caballeros. Cumpliendo los bárbaros un voto que habian hecho, destruyeron todo el botin, echaron al Ródano el oro, la plata y los caballos, y degollaron los prisioneros (105).

Recuerdan entónces los romanos la jornada de Allia, y el Capitolio asediado por los galos y por los cimbras; se consulta con supersticioso espanto á un tal Batabado que hacia el oficio de profeta; se erige un templo á la buena diosa; es llamado á las armas todo ciudadano, y todos ven un Camilo en el general que acaba de devolverles Numidia victorioso.

Se prorogó, pues, violando las leyes, el consulado á Mario, que conservándole por cuatro años, se puso en marcha hácia Provenza con tropas de refresco (104—101). Exigian las circunstancias más habilidad que valentía; pero Mario recurrió á un medio grosero como suyo. Hizo que su mujer le enviase una profetisa de baja extraccion, oriunda de Siria, llamada Marta, que hacia alarde de presagiar lo venidero; ésta tuvo la mision de anunciar ó aprobar lo que entraba en las miras de Mario. Por lo demás, habituó á la disciplina más severa á los soldados, á quienes acababa de incorporar á sus filas, ejercitándoles en la fatiga, y haciéndoles ejecutar penosísimos trabajos; así les obli-

gó á abrir un canal llamado *Fossa mariana*, que facilitaba las comunicaciones con el mar y permitia á los buques evitar las barras de arena de la embocadura del Ródano.

Habiase dirigido una division de cimbras hácia los Pirineos; pero encontrando una tenaz resistencia por parte de los celtiveros y del pretor Marco Fulvio, volvió á Italia por la Helvecia y por la Nórca (162), mientras avanzaban á través de los Alpes marítimos los teutones. Estos bárbaros, de gigantesca estatura, de torba mirada, de armaduras extravagantes, tenian un formidable aspecto. Su rey Teutoboco, que salvaba de un brinco cuatro y hasta seis caballos de frente, desafió en alta voz á Mario á singular combate. El cónsul le respondió: *Si estás cansado de vivir, ahórcate*.

Se estremecia la juventud romana ante aquellas provocaciones; se indignaba al oír á los teutones cuando desfilaban por delante de sus trincheras: *Vamos en busca de vuestras mujeres; ¿quereis que las digamos algo de vuestra parte?* Mario moderaba la impaciencia de sus soldados, pero cuando los vió animados hasta el último extremo por aquella larga expectativa de una batalla, les guió contra el enemigo, á quien derrotó completamente cerca de Aquæ Sextiæ (102). Acostumbradas las mujeres de los teutones á seguir á sus maridos á la guerra para escitar su bravura, empuñaron las armas é impidieron á los romanos penetrar en su campamento. Se necesitó una nueva derrota, que hiciera ascender á cerca de trescientos mil el número de teutones muertos y prisioneros. Fué abonado el valle con sus cadáveres, y la aldea de *Pourrieres* recuerda todavía en la actualidad el nombre de Campos de la Putrefaccion dado á la llanura (*Campi putridi*). Fué elevada á Mario una pirámide, que duró hasta el siglo XV, así como un templo á la Victoria, reemplazado por una iglesia á Santa Victoria, donde se dirigieron anualmente los fieles en procesion hasta la revolucion francesa.

A este tiempo cruzaban los cimbras los Alpes, deslizándose casi desnudos sobre sus broqueles por medio de la escarcha; bajando por el Tirol al valle del Adige, llenaron de susto al ejército del cónsul Catulo, hasta el punto de que muchos de sus soldados apelaron á la fuga, sin parar hasta Roma. De este número fué el

hijo de Emilio Scauro, quien se dió muerte, cuando le notificó su padre que no se mostrase más en su presencia.

Si los cimbras vencedores hubieran continuado su marcha sobre Roma, la redujeran de cierto al último apuro. Pero como habian citado á los teutones á orillas del Pó, hicieron allí alto para aguardarles. Enervaron su índole brutal las delicias de un hermoso cielo, como el pan, el vino, la carne cocida; y en vez de los teutones llegaba Mario con un ejército envaletonado por la victoria. Como le enviasen los cimbras diputados, encargados de decirle que caerian sobre Roma si no se les daban tierras para ellos y para sus hermanos los teutones: *No os cuideis de vuestros hermanos, les respondió, ya tienen tierras; se las hemos dado y las conservarán eternamente.* Boierix, su rey, fué en persona al campamento romano para asegurarse de que los teutones habian sido derrotados, viendo sus prisioneros, y para que Mario eligiera el sitio y el día del formidable reto. Quedo señalado para fines de Julio en una llanura cerca de Verceli, donde los cimbras no podian desplegar todas sus fuerzas. La disciplina y la habilidad con que Mario supo sacar ventaja del sol y del viento, determinaron la victoria en favor suyo. (30 de Julio de 101.)

Atrincheradas las mujeres cimbras en el campamento, se vistieron de luto; solicitaron ante todo que su pudor fuera respetado y que se las hiciese esclavas de las vírgenes sacerdotisas del fuego. Cuando vieron desechada su justa demanda dieron muerte á sus hijos, y luego pusieron termino á su existencia propia, ahorcándose de las astas de los bueyes. Dejaron sus cadáveres bajo la guarda de los perros de la horda, á los cuales fué imposible alejar de aquel sitio hasta que los exterminaron á flechazos.

Cuéntase que perecieron en aquella batalla ciento veinte mil cimbras, y de los romanos solo trescientos. Aun cuando el cónsul Catulo tuvo el principal mérito, el favor popular atribuyó á Mario toda la gloria del triunfo. Tributarónsele honores sobrehumanos; fué proclamado tercer Rómulo y comparado á Baco; envenecido él mismo con su fortuna no bebía mas que en la copa, de que, segun la tradicion, se habia servido aquel Dios, despues de la con-

quista de las Indias. Fueron distribuidos los prisioneros entre las ciudades como esclavos públicos, ó destinados á los juegos como gladiadores. Y Mario, honrado con un sexto consulado, pudo desde entonces todo cuanto quiso.

CAPITULO XXX

Guerra social.—Sila.

Mario ha sido retratado como un furioso, ávido de sangre por la faccion aristocrática, no limitándose á reprimirla, sino llegando hasta insultarla. Aun cuando no nos sintamos naturalmente poco inclinados, segun ha podido verse, á ensalzar á los héroes, nos parece reconocer en la conducta de Mario un sentimiento de interés en favor del infimo pueblo, en favor de los oprimidos, y en general de todos los italianos, que, en nuestro concepto, no se puede imputar á astucia política siempre. Dotado de un genial duro, que la educación no habia moderado, de gran valor en la guerra, no descubrimos á pesar de todo, que la aconsejase nunca, antes bien se mostró por intervalos deseoso de sosiego. Era desgracia de Roma que nadie pudiera llegar á ser jefe del Estado antes de haber exterminado á una multitud de extranjeros, y para esto se necesitaba haberse acostumbrado en los campos á un mando rígido, á una voluntad despótica, á la crueldad. Tales eran los defectos contraidos por Mario; mas no manchó su nombre con bajezas ni deslealtades, tan comunes en sus contemporáneos. El oro de Yugurta no ejerció sobre él influencia alguna; fugitivo su enemigo Sila, se refugió en su casa y él le salvó. Despues exclamó: *El estruendo de las armas me impide oír la voz de la ley.*

Era descendiente Este Sila, á quien ya hemos mencionado y del que nos queda mucho que hablar, de la ilustre familia de Cornelia. Pasó su juventud en toda clase de excesos, como era costumbre entonces; despues, cuando la cortesana Nicopolis, que le amaba tiernamente le hubo legado al morir todas sus riquezas, el gusto á los placeres se cambió en él en amor á la gloria. Dejóle en Italia como á un afeminado, Mario, á quien se le habia dado como cuestor en la guerra de Numidia; pero cuando pasó á Africa con la reserva, se mostró intré-

pido en la pelea, exacto en su deber y más hábil que Mario en el arte de conciliar los ánimos. Es verdad que desde que se sentaba en la mesa deponia su severo aspecto para convertirse en alegre y locuaz; no queria oír hablar de negocios, entregándose enteramente á bailarinas, cantatrices y al amor. Con la idea de libertarse de la envidia, atribuía los resultados que obtenia á la fortuna, y procuró demostrar, en las memorias de su vida que escribió, que las cosas que habia ejecutado sin prever, le habian producido mayor resultado que las que habia meditado; exhortaba á Lúculo, á quien eran dedicadas, á tener por cierto antes que todo lo que los dioses le mandasen en sueños.

Conservó rencor á Mario, sobre todo cuando Bocco, rey de Mauritania, dedicó á los dioses en el Capitolio un grupo donde estaba representado entregando Yugurta á Sila. Le pareció que era atribuir á su teniente la gloria de haber terminado esta guerra. De aquí procedian enemistades, que no debian apagar torrentes de sangre. Mario era violento, y Sila de una crueldad calculada. Educado Mario entre los plebeyos y campesinos, era grosero é inculto, hasta el punto de hacer construir por un artista romano, y con piedras en bruto, el templo en memoria de la derrota de los cimbras: instruido Sila en las letras griegas, cubria sus vicios con agradables exterioridades, y con ayuda de sus depredaciones reunia libros, cuadros y vasos para adornar sus palacios y la ciudad. Dejábase Mario arrastrar por su carácter, y Sila adelantaba á pasos contados hácia un fin determinado, sea cual fuere el camino que hubiera de seguir; ambos valientes en la pelea, eran avaros de honores. Obtuvo Mario seis consulados casi consecutivamente, empleando la intriga y el dinero; Sila solicitó la pretura prometiendo espectáculos como aún no se habian visto. En efecto, Bocco le proporcionó cien leones, á los que hizo pelear con hombres, como si hubiese querido por este medio indemnizar á Roma de que el Senado acababa de prohibir los sacrificios humanos.

Abandonando Mario la guerra, para ocuparse de los asuntos del Estado, propuso distribuir á los aliados las tierras ocupadas un momento por los cimbras en el Norte de Italia, á

fin de oponer una barrera á futuras invasiones, pero aún más, para hacerse partidarios los lucanos, los samnitas, los marsos, los peliños que se trasladaran en colonias. Habiéndose unido estrechamente en un triunvirato despótico al tribuno Saturnino y al pretor Glaucias, resucitó la ley de los Gracos, no tanto por favorecer al pueblo, como por oponerse á Cecilio Metelo, su antiguo protector y general, de quien se habia hecho enemigo declarado. Jefe éste de la faccion del Senado, habiendo rehusado adherirse á la ley agraria, fué desterrado; y dominando el partido de Mario en los comicios, trastornó la república usurpando los derechos del pueblo con el pretexto de protegerle.

Aspiraba Glaucias al consulado, pero Memmio le hacia una oposicion temible, y Saturnino, que ya habia usado de este medio para conseguir el tribunado, hizo asesinar á su competidor. Dió un golpe fatal este crimen á la faccion popular, porque estando investidos los cónsules con la autoridad absoluta, como en los casos extremados, fueron condenados á muerte Glaucias y Saturnino; volviéndose á llamar á Metelo, y Mario se marchó despechado á Capadocia y á la Galatia, con el pretexto de cumplir votos á la buena diosa. De vuelta en Roma, hizo construir una gran casa, pero sus groseros modales impedian que fuese frecuentada, experimentando la indiferencia pública á que están expuestos en tiempo de paz los generales ilustres por la guerra.

Habian hecho adoptar una ley Licinio Craso y Q. Mulio Escévola (95), por la cual todos los aliados que permaneciesen en Roma, sin gozar de los derechos de ciudadanía, debian volver á su patria. Fué su objeto quitar á los tribunos un instrumento de sedicion, pero esta fué la primera causa de la guerra de los aliados. Estos encontraron un protector en Livio Druso, hombre hábil, elocuente y probo, que veía los males de la patria y procuraba remediarlos.

Quejábanse los senadores de no estar encargados de los juicios, pasado que habian á manos de los caballeros, y se esforzaban por recobrarlos; suspiraba de continuo la plebe por las leyes de Graco, cuya ejecucion nunca se verificaba; despues de haber contribuido los aliados italianos con su sangre y dinero á las